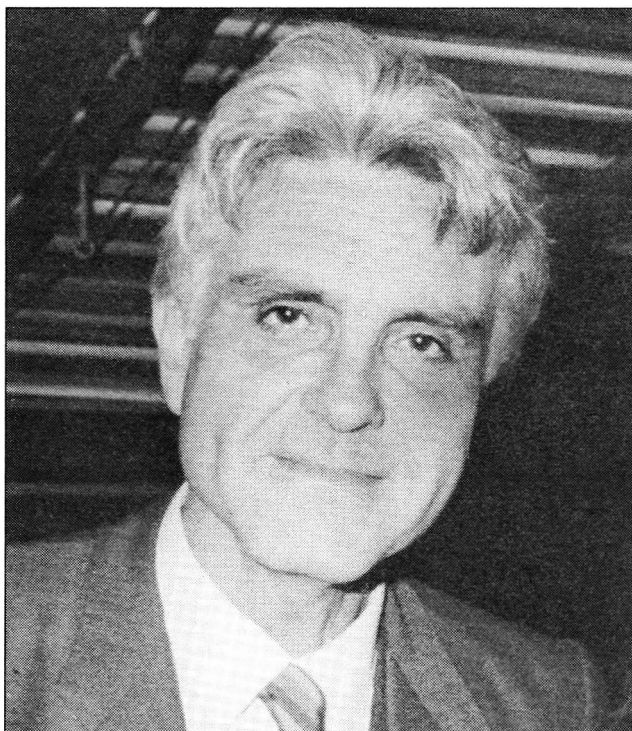


Dr. Guillermo Piacenza



El 5 de agosto de 1992 nos dejó para siempre Guillermo Piacenza.

Para quienes lo conocimos profundamente su recuerdo no puede reducirse a una lista de fechas, cargos y títulos de trabajos científicos.

Excelente estudiante en la Facultad, dio sus primeros pasos en la cirugía junto a Don Oscar Bermúdez y encontró más tarde en el maestro Pradines un profesor a su medida y un amigo entrañable.

Fue docente de la Facultad de Medicina y ocupó los cargos de Asistente y profesor Adjunto de Clínica Quirúrgica, Semiología y Emergencia, pero esto poco dice. Fue de los docentes que los estudiantes no olvidan, de aquellos a quienes los jóvenes buscan cuando precisan una guía firme y segura para afrontar un examen, una prueba, un concurso. De los que enseñan por solidaridad con las generaciones siguientes, sin afán protagonístico ni de lucimiento.

La muerte le impidió culminar su carrera docente alcanzando puestos de mayor jerarquía, que merecía por derecho propio.

También fue un cirujano hábil y con sólida base teórica. De rasgos bien definidos: modestia y humildad; tesón y responsabilidad; fuerza espiritual y sentido del deber. De los que se «prenden» al enfermo grave, peleando su salvación más allá de lo posible.

Siempre consideró el éxito quirúrgico, con los halagos que lo acompañan, como una cosa

anecdótica y casual y sufrió hasta el insomnio y la mortificación cada una de las inevitables complicaciones que acompañan nuestro trabajo.

Fue, en fin, de los que saben, según sus propias palabras, que «el cirujano se ve abajo de la cialítica y no con una tiza en la mano frente a un pizarrón».

La Sociedad de Cirugía del Uruguay lo tuvo siempre en primera línea. Integró sus cuadros directivos, animó permanentemente sus congresos coordinando mesas y cursos; expuso con brillantez trabajos científicos serios, meditados y sólidos.

Fue además de los primeros en percibir que la Sociedad no podía seguir siendo, exclusivamente, un ámbito aséptico de discusión científica, ajeno a la realidad. Convencido de que la cirugía uruguaya requería un cambio radical que evitara su inexorable deterioro, trabajó incansablemente junto a otros pocos, en los aspectos laboral y económico de los cirujanos. No fueron comprendidos en su momento y fracasaron por falta de apoyo, pero quedó marcado un mojón trascendental y el concepto claro de que la Sociedad debe estar presente en todo lo vinculado a la actividad quirúrgica.

Fue docente, cirujano y gremialista pero más que nada fue hombre y amigo.

Amigo de proverbial generosidad, de los que no dudan en jugarse física o intelectualmente por los que quieren; de los que aparecen siempre en las malas con el apoyo imprescindible o el consuelo ante lo inevitable.

Hombre derecho por sobre todo, incapaz de sacrificar su línea de conducta para obtener un beneficio. En una ocasión, como coletazo de convulsiones políticas a las que era ajeno, fue víctima de una calumnia baja y artera. Sin dudar, sufrió perjuicios económicos y laborales para ir, de frente como siempre, a todos los foros posibles, hasta que su nombre quedó limpio sin lugar a la mínima duda.

Hombre finalmente para afrontar la enfermedad fatal como algo que siempre había esperado, casi con una sonrisa. Consciente del fracaso del tratamiento intentado, siguió adelante como despreciando a la muerte que sabía próxima. Dando una prueba más de su admirable entereza se reintegró al trabajo, a sus guardias de urgencia, a operar, a cumplir su actividad como si nada pasara. Menos de un mes antes de morir presentó el último trabajo científico en su Sociedad de Cirugía.

Finalmente perdió la batalla y nos dejó. La cirugía uruguaya perdió uno de sus mejores hombres. Sus amigos lo recordaremos siempre como él lo hubiera deseado. Con su chala de buen salteño entre los labios, su sonrisa entre triste y cachadora y su mano fraternal tendiendo el mate amistoso a quienes llegábamos a su hogar.

Dr. Juan C. Castiglioni Barriere